

HENRI DE REGNIER (1864)

La onda ya no canta...

LA onda ya no canta en tus fuentes, Versailles,
Oh ciudad de las Aguas, oh Jardín de los Reyes!
Tu corona no luce, como ayer, soberana,
Los lises cristalinos que te ornaban la frente.

La ninfa que en tu nombre hablaba ha enmudecido
Y el tiempo ya ha empañado con su hálito constante
Esos flúidos espejos donde antaño te viste
Regia y sonriente en medio de juvenil alarde.

Tus estanques, dormidos bajo las grandes frondas,
Verdean en silencio en medio del olvido
Y su luna encuadrada en molduras de mármol
Hoy ya no reconoce a tu rostro marchito.

¡No importa! No es tu gloria ni es tu esplendor pasado
Lo que mis pies visitan, lo que mis ojos piden;
Ni asciendo los peldaños augustos de la Historia
Para acercarme al Héroe que en tus dioses revive.

¡Me basta que tus aguas iguales y sin fiesta
Reposen en su orden y sueñen en su calma.
Sin que les reste nada en su noble derrota
De lo que en otro tiempo fué visión encantada.

No importa la cascada, ni el surtidor importa,
 Ni que el seco Neptuno su tridente haya roto,
 Ni que, llevando una hoja muerta en los dientes,
 En bronce árido surja un Encelado hosco.

Con tal que débil, queda, en la sombra indecisa,
 Dentro del bosquecillo que por tumba reclama,
 Yo escuche largamente a tu fuente postrera
 Sollozar sobre ti, ¡oh Ciudad de las Aguas!

(*La Cité des Eaux*, ed. *Mercuré de France*, 1902.)

La luna amarilla

EL día ha terminado en la luna amarilla
 Que asciende muellemente por detrás de los álamos,
 En tanto se difunde en el aire el aroma
 Del agua adormecida entre juncos mojados.

¿Sabíamos nosotros, cuando al sol ardoroso
 Cruzábamos rastrojos y planicies bermejas,
 Sabíamos nosotros cuando en los arenales
 Nuestros pasos marcaban como en sangre sus huellas.

Sabíamos nosotros cuando el amor ardía
 En nuestros corazones torturados de afanes,
 Sabíamos nosotros que al morir ese fuego
 Su ceniza sería tan grata a nuestra tarde.

Y que este áspero día que acaba, y que perfuma
 El agua adormecida entre juncos mojados,
 Terminaría lento en la luna amarilla
 Que ya se redondea encima de los álamos?

(*La Cité des Eaux*.)

El secreto

TEN cuidado. Si quieres hablarle a mi tristeza,
No inquietas el secreto de sus muchos dolores.
Ni por qué su mirada se vuelve y con fijeza
Descansa largo tiempo sobre el suelo sin flores.

Para calmar su pena y silente añoranza.
No evoques del olvido taciturno y helado
Un fantasma de orgullo, de amor o de esperanza.
Cuyo oscuro semblante sea sombra del pasado.

Háblale de las fuentes, de la fronda oportuna,
Del mar pleno de luz, del bosque tenebroso
Por donde se remonta, subterránea, la luna.
De lo que en torno nuestro se muestra prestigioso.

Dile que el mes de mayo siempre aporta sus rosas:
Mientras tomas sus manos, recuérdalo entre mimos.
Porque el color, la forma y el lujo de las cosas
Son el solo recuerdo por el cual no sufrimos.

(*Le Sandale allée*, ed. Mercure de France, 1906.)